

En la obra *Fraseología y metáfora: aspectos tipológicos y cognitivos*, Iñesta Mena y Pamies Bertrán intentan compaginar distintos puntos de vista sobre el estudio semántico de los fraseologismos como, por ejemplo, los postulados básicos de la semántica cognitiva juntamente con los postulados de la lexicología empírica, para poder esbozar una comparación interlingüística, a partir de una orientación tipológica, y ofrecer una taxonomía para la comparación de unidades que, desde el enfoque formal, resultaría inconmensurable. Para llevar a cabo su propuesta, estos autores combinan criterios cognitivistas con orientaciones universalistas propiamente lingüísticas y tratan de apoyarse en un corpus multilingüe onomasiológico. Teniendo en cuenta que el trabajo intenta combinar fraseografía multilingüe empírica con un marco teórico de bases esencialmente mentalistas, los autores consideran los principios elementales de la tipología léxico-semántica para establecer una clasificación que intenta detectar posibles universales conceptuales fraseológicos.

Estructuralmente, la obra está compuesta por una introducción y quince capítulos que podrían repartirse en dos partes: una teórico-metodológica, los cuatro capítulos iniciales, y otra práctica, los diez capítulos posteriores, donde se realiza el análisis interlingüístico de las unidades fraseológicas, y finalmente, el capítulo dedicado a las conclusiones.

En el primer capítulo, los autores exponen una breve revisión de la historia de la fraseología, mostrando cómo, a partir de la mera compilación lexicográfica, fueron apareciendo los trabajos teóricos que iban a conformarla como disciplina. En el segundo, presentan las propiedades de las unidades fraseológicas y analizan los conceptos que intervienen en el proceso de fraseologización (idiomaticidad, fijación y no composicionalidad, reinterpretación y la combinación de criterios) para presentar, enseguida, en el tercer capítulo, una revisión detallada de algunas aportaciones teóricas de la semántica contemporánea semántica cognitiva y tipología léxico-semántica-, poniendo de relieve las posibles convergencias acerca de la visión sobre cómo se produce el crecimiento del acervo cultural y léxico, así como la importancia de la metáfora en este proceso. Los autores intentan conectar los estudios fraseológicos con estas corrientes semánticas. Para ello, toman en consideración algunas de las hipótesis básicas y centrales de la semántica cognitiva, principalmente las concepciones de Lakoff, Johnson, Gibbs, entre otros, sobre la metáfora y la metonimia y su aplicabilidad, y algunos planteamientos de la tipología léxico-semántica como, por ejemplo, la teoría de los primitivos y universales de Wierzbicka y las concepciones de la lexicogénesis.

En el cuarto capítulo, Iñesta Mena y Pamies Bertrán (2002: 85-95) pasan a presentar las premisas metodológicas en términos de modelos icónicos y arhimetáforas para explicar el modelo que proponen y su aplicabilidad. Según nos explican estos autores, no todos los conceptos pueden ser metafóricos, pues debe existir previamente alguna materia prima semántica irreductible, de naturaleza no metafórica, a partir de la cual pueda empezar la cadena de proyecciones de un concepto sobre otro. Para la semántica cognitiva, la fuente común para la producción metafórica se basa esencialmente en la percepción, las facultades psicomotrices y la experiencia corporeizada del ser humano. Así, determinados clichés mentales permiten proyectar nuestros conocimientos básicos, adquiridos mediante experiencias psicosenoriales y vivenciales, hacia otros dominios más lejanos y/o abstractos.



El hecho de que el núcleo conceptual tenga una base biológica y psicológica, hace suponer que es universal. El universalismo inherente a este enfoque sugiere la necesidad de confrontar las teorías cognitivistas, por un lado, con la teoría tipológica de los universales semánticos, por otro, mediante el análisis interlingüístico de expresiones que sean representativas de los procesos metafóricos. En este sentido, la fraseología es un campo privilegiado, pues el núcleo conceptual emergente del que estas expresiones derivan debería ser coincidente en gran medida. La verificación de tales coincidencias en la fraseología de muchas lenguas confirmaría (o falsearía) con datos tratados sistemáticamente lo que la semántica cognitiva postula sobre bases especulativas a partir de ejemplos elegidos. Así, pues, examinar las metáforas fraseológicas, en el sentido inverso al de la proyección, permitiría llegar a los conceptos básicos, de orden psicosensorial o psicomotor, compartidos por distintas lenguas. Pero, a la hora de analizar el material fraseológico, la nomenclatura empleada por Lakoff y Johnson es muy particular y, en su nivel superior, es demasiado general para que dicha taxonomía sea operativa a la hora de estudiar un corpus real. Iñesta Mena y Pamies Bertrán aceptan el principio general que originó la nomenclatura, pero estructuran de otro modo este metalenguaje para que resulte aplicable, justificando la elección de los grupos de metáforas susceptibles de ser representativos de unos mecanismos productivos generalizables. Según estos autores, para indagar la organización semántica de la producción fraseológica, la nomenclatura metalingüística debería cumplir el requisito según el cual los mismos componentes básicos que intervengan en la composición de una imagen arquetípica productiva han de reaparecer en el análisis de otras imágenes arquetípicas. Así, en un primer momento, se hace necesario clasificar las unidades fraseológicas a partir de las nociones expresadas, es decir, el dominio meta, para desmembrar posteriormente cada categoría a partir de la imagen que la inspira, esto es, el dominio fuente o grupo de dominios fuente, nivel que estos autores llaman *modelos icónicos*.

Iñesta Mena y Pamies Bertrán (2002: 88) postulan que la nomenclatura se jerarquiza en tres niveles: modelos icónicos > archimetáforas > metáforas particulares. Por poner un ejemplo del modelo, la metáfora particular *encogerse el ombligo* tiene un dominio meta, en este caso, el miedo, y está basada en un modelo icónico, en este caso, una combinación de dominios fuente (MOVIMIENTO + CUERPO). Con frecuencia un mismo modelo icónico puede subdividirse en varias archimetáforas, como subgrupo o nivel intermedio entre el modelo icónico y la metáfora particular. Es decir, el modelo icónico MOVIMIENTO + CUERPO podría subdividirse en varias archimetáforas según represente un movimiento hacia arriba, hacia abajo, hacia fuera, hacia dentro, etc.

Estos autores señalan que en este modelo descriptivo ya no sería necesario establecer la diferencia que Lakoff y Johnson hacen entre metáfora estructural, metáfora orientacional y metáfora ontológica, ya que el movimiento o el reino animal serían simplemente distintos tipos de dominio fuente. Por eso, pueden combinarse con los demás para formar modelos icónicos, a su vez subdivisibles en archimetáforas. Con un ejemplo, el dominio fuente MOVIMIENTO se combina con el dominio fuente CUERPO para configurar el modelo icónico [MOVIMIENTO + CUERPO], en el que se incluirían archimetáforas como: *la ira es un movimiento corporal hacia arriba* y *la ira es un movimiento corporal hacia fuera*, que, a su vez incluyen, respectivamente, metáforas particulares como *estar hasta las narices* o *sacar espumarajos por la boca* (en español) y *estar até* o *pescoço* o *soltar fogo pelas ventas* (en portugués).



Sin embargo, estos autores se cuestionan cómo establecer una lista de nociones para que los modelos icónicos o sus componentes no sean una simple etiqueta *ad hoc* hecha a medida del material analizado y proponen que, para que sea rentable, la herramienta descriptiva debe tener en cuenta las siguientes necesidades: a) la lista de descriptores, es decir, el nombre de los dominios fuente que componen cada modelo icónico, debe ser reducida. Aunque las metas constituyen un inventario abierto e infinito, se supone que las fuentes son menos numerosas para poder dar cuenta de un mecanismo productivo; b) los dominios fuentes deberían corresponder a nociones universales o a nociones susceptibles de serlo como, por ejemplo, movimiento, cuerpo, animal, etc.; c) un mismo modelo icónico, por definición, debe abarcar muchas metáforas particulares, pero, a efectos prácticos, eso resultaría demasiado general, lo que hace necesario un nivel intermedio, las archimetáforas. Así, las unidades fraseológicas que expresan ira, en español, *echar espumarajos por la boca* y, en portugués, *soltar fogo pelas ventas*, estarían dentro de una misma archimetáfora (“movimiento hacia fuera”), mientras que en francés *entrer en colère* estaría dentro de otra archimetáfora (“movimiento hacia dentro”), y ambas archimetáforas estarían dentro del mismo modelo icónico ([espacio] + [cuerpo]).

Los autores alertan sobre el peligro de arbitrariedad en la elección de las archimetáforas, pero este peligro se ve reducido por el hecho de que el nivel intermedio sólo cumple una función clasificatoria, pues solamente el modelo icónico tiene poder descriptivo. La elección de una archimetáfora está respaldada por su posibilidad de ser usada en el desglose de otros modelos icónicos. Así, por ejemplo, el movimiento hacia fuera y el movimiento hacia dentro no atañen únicamente a los modelos icónicos corporales de la ira, sino que también se aplican a los de otros dominios como el miedo, en portugués, *sair o coração pela boca* (“movimiento hacia fuera”) vs español, *entrarle miedo a alguien* (“movimiento hacia dentro”). De esta manera, el riesgo de circularidad que tienen las categorías simplemente deducidas de los ejemplos elegidos, se reduce razonablemente.

Otra cuestión que plantean Iñesta y Pamies (2002: 91) se refiere al término que se debe elegir para identificar cada uno de los dominios fuente cuya combinación constituya un modelo icónico. Es ahí donde estos autores ven la necesidad de conectar las teorías cognitivistas con la teoría tipológica de los primitivos semánticos, pues del mismo modo que unos pocos conceptos comprensibles por sí mismos no necesitan de otros para ser definidos y se combinan entre sí para formar los demás, se supone que los comprensibles por sí mismos son los primeros que no deberían necesitar metáforas. Hay aquí una idea de composición que, según estos autores, no contradice la no-composicionalidad que caracteriza tradicionalmente el significado de un fraseologismo, ya que el término no-composicionalidad se refiere a la ausencia de significado individual de las palabras que lo componen y, en cambio, cuando se habla de significado complejo como resultado de la combinación de otros significados más simples, los autores dicen no referirse a los componentes formales, sino al hecho de que la idea globalmente expresada es analizable en otras ideas más simples. Por poner un ejemplo, la expresión *tomar el pelo* sólo tiene un significado global (engañar) y sus partes no tienen ninguna autonomía; pero, aunque tiene un significado indivisible, une a él ideas más primarias como causar, crear, falsedad, etc. Así, la composicionalidad conceptual de un significado es independiente de la composicionalidad formal de una expresión plurilexical.

Es este principio de combinación el que explica el hecho de que los modelos icónicos no necesiten descriptores propios, pues su denominación coincide con la agrupación de nociones fuente que los



caracteriza. La dificultad se encuentra en la identificación de dominios fuente que no sean arbitrarios ni improvisados conforme las conveniencias de cada momento. Esta es una de las razones por las que estos autores recurren a la teoría tipológica de Wierzbicka, ya que ésta maneja conceptos que son universales e indivisibles por definición, en los que se basan para seleccionar los dominios fuente productivos.

Sin embargo, estos autores comprueban la necesidad de incluir más dominios fuente como, por ejemplo, animales, fenómenos atmosféricos, objetos, etc., aunque, según ellos, esta introducción contradice un poco el deseado paralelismo con la teoría de los primitivos universales, ya que se trata de nociones cuya universalidad no está comprobada. Esto se debe al hecho de que no todas las lenguas tienen una palabra específica que demuestre su existencia. Pero los autores advierten que se trata de conceptos que existen en un gran número de lenguas y, además, cuando no existen en una determinada lengua, ésta suele contar con hipónimos. Así, por ejemplo, hay lenguas donde no existe el hiperónimo “animal”, pero, en cambio, hay numerosos nombres de animales. Y como, generalmente, son los hipónimos los que intervienen en la configuración de la metáfora particular, como *ser un lince*, *ser un burro*, *ser un gallina*, etc., les parece más adecuado usar el hiperónimo como elemento clasificador para estos casos, pese a que como tal no sea un universal. Lo mismo ocurre con otros dominios (plantas, objetos, fenómenos atmosféricos, etc.), pues en algunas lenguas falta la abstracción que designa el género entero. Con relación a los conceptos referentes a la actividad fisiológica del individuo (comer, beber, dormir), se trata de conceptos emergentes por su carácter experiencial, y la razón por la cual no son universales atestiguados en la lista de Wierzbicka, se debe al hecho de que a veces se lexicalizan en un nivel más especializado. Esto es, en algunas lenguas hay verbos para referirse a las distintas formas de ingerir alimento, según el agente sea animal o humano, según el alimento sea sólido, líquido, duro, blando o según la acción sea completa, durativa, puntual, habitual, etc., pero no existe un hiperónimo equivalente a “comer”. En cambio, en otras lenguas puede haber sólo un nivel más general, es decir, una noción común que engloba todo “lo que se traga”, sin diferenciar entre comer, beber, respirar, etc. Por eso, Iñesta y Pamies añaden también algunos de estos conceptos como dominios fuente generadores de metáforas, aunque no sean universales en sentido estricto.

A partir del capítulo cinco hasta el diez, los autores presentan un análisis fraseológico contrastivo de orientación tipológica, realizado a partir de un corpus de unas 2.000 unidades fraseológicas representativas de 25 lenguas (español, francés, portugués, italiano, catalán, rumano, inglés, alemán, holandés, eslovaco, polaco, checo, ruso, ucraniano, esloveno, griego moderno, estonio, húngaro, chino, árabe dialectal marroquí, rifeño, guaraní, ticuna y tanimuca) de distintos grupos y familias lingüísticas, esencialmente indoeuropeas. El objetivo del análisis es ver de qué modo se relaciona la configuración de las unidades fraseológicas con unos clichés psicológicos generales que pueden ser universales, señalando de paso algunos paralelismos muy llamativos, que ocurren, incluso, entre lenguas no emparentadas. Los autores abordan, pues, diez dominios-meta distintos: el miedo, la ira, el comer, el hambre, la pobreza, la delgadez, la lejanía, la velocidad, el trabajo, la injusticia, cuyo análisis les ha permitido comprobar que, a partir de unos pocos dominios fuente recurrentes, puede configurarse un número muy alto de fraseologismos para cada dominio-meta por intermedio de las archimetáforas.



En suma, los autores llegan a la conclusión, por una parte, de que existe un dilema entre la universalidad y la especificidad cultural de las unidades fraseológicas y, por otra parte, de que las metáforas fraseológicas presentan una mecánica interna de funcionamiento, lo que lleva a pensar en la coexistencia de tipos diferentes e, incluso, contrarios de proyección metafórica, cuestión que, según los autores, requeriría un estudio específicamente dedicado a este problema.

Elizabete Aparecida Marques

Universidad Federal Mato Grosso do Sul

Becaria del Gobierno brasileño CAPES

Emx22396@alu.uah.es

